

por **ALBERTO GORDO** Tres pasajes. En el primero, Tamara Petkévich (1920-2017) cuenta que, al final de los años 30, en Frunze (actual Biskek, capital de Kirguistán), una de las remotas ciudades donde las autoridades soviéticas enviaban a los desterrados, solías cruzarte por la calle con condesas polacas o con mujeres de diplomáticos y de ex militares de alto rango, todas ellas viudas o a punto de serlo. «Algunas todavía cuidaban de su aspecto; otras cada vez parecían más dejadas. Estaban igual de perdidas, pero cada cual cargaba con su cruz a su manera», relata. Más tarde, describe la biblioteca de la primera cárcel en la que la encerraron en esa misma ciudad. «¡Qué biblioteca!», exclama. Compuesta por libros requisados a los condenados, allí pudo leer a Stefan Zweig, Stendhal o León Tolstói.

El tercer pasaje es el de su llegada al primero de los campos de trabajo en los que estuvo, donde las mujeres eran ya «esqueletos de distintas alturas, revestidos de una piel cetrina y apergaminada; desnudas de cintura para arriba, con los pechos al aire colgando como dos bolsas vacías y secas y las cabezas rapadas al cero». Y se pregunta: «¿Eso eran mujeres?».

Ella misma no tardaría en parecerse a esos cadáveres andantes, algo que en realidad encaja con cierta lógica estalinista. Nacida en 1920 en Petrogrado, su vida transcurrió feliz y tranquila hasta que su padre, férreo bolchevique, cayó víctima del Gran Terror que se desencadenó en la URSS en 1937. Como era habitual, la caída del padre arrastró a toda la familia, aunque su madre era también una revolucionaria convencida. «La necesidad entró en nuestra casa como un matasanos fiel y despiadado», escribe. A ella la echaron del Komsomol, las juventudes del Partido Comunista.

Investigando el paradero de su padre, conoció a Erik, su primer marido, al que más tarde desterraron a Kirguistán. Lo siguió, se casó con él y empezó a

estudiar medicina. Un día se enteró de que su madre y una de sus hermanas habían muerto de hambre durante el sitio de Leningrado. Después la detuvieron y, tras ser condenada en una farsa judicial por terrorismo, propaganda contrarrevolucionaria y antisemitismo, pasó los siguientes años en campos de Kirguistán y más tarde de la vasta República de Komi, al norte de Rusia. Allí se cruzó con un médico con el que empezó una historia de abuso y dependencia, tuvo un hijo (que se lo quitaron) y por último conoció al amor de su vida. También des-



TAMARA
PETKÉVICH, EN
UNA IMAGEN DE
LOS AÑOS 30.

Las muchas vidas de una superviviente del gulag

Considerado un clásico de la literatura, las memorias de la actriz rusa **Tamara Petkévich** ofrecen un detallado relato del funcionamiento de los centros de represión comunistas



TAMARA PETKÉVICH
MEMORIAS DE UNA ACTRIZ REN EL GULAG
Trad. de Alexandra Rybalko.
Periférica & Errata naturae.
704 páginas. 28 €

cribió y desarrolló cuanto pudo su vocación de actriz.

Los hechos están reunidos en *Memorias de una actriz en el gulag* –en realidad es el primer tomo de esas memorias, publicado en ruso en 1993– coeditado por Errata Naturae y Periférica. Forma parte de la colección que ambas editoriales han consagrado, en palabras de Irene Antón, responsable de la primera, sobre todo a «memorias o ficciones que relatan el destino de una mujer, traspasado por la Historia del siglo XX». Así, el libro de Petkévich complementa otras autobiografías

FICHA DE PETKÉVICH AL INGRESAR EN EL GULAG. DEBAJO, BARRACÓN DE RECLUSAS EN EL CAMPO DE VORKUTÁ, EN 1945.

como *Clandestina*, de Marie Jallowicz Simon, o *Testimonio de juventud*, de Vera Brittain, centradas respectivamente en la Segunda Guerra Mundial y en la Gran Guerra de 1914-18.

Según Alexandra Rybalko, traductora de Petkévich, estas memorias del gulag son bastante conocidas en Rusia, donde se las considera un clásico de su literatura concentracionaria. De hecho, hay un documental y una obra teatral sobre la vida de la actriz, a quien el museo ruso del gulag dedicó una exposición por su centenario en 2020.

Contarlo todo. A Petkévich la estaban trasladando desde el primer campo en el que estuvo, el de Dzhangy-Dzher (cerca de Frunze), cuando decidió que algún día lo contaría todo. «Ese deseo era una minucia y a la vez algo vital, más fuerte que cualquier otra cosa: una necesidad básica del alma», escribe. Es la misma necesidad que ha dado lugar a algunos testimonios fundamentales del siglo XX, ya sea de los campos nazis o de los soviéticos. «Aunque recuerda a testimonios clásicos del gulag, como los de Solzhenitsyn, Shalámov y, sobre todo, Evgenia Ginzburg, Petkévich aporta una inmensa cantidad de detalles sobre la vida en los campos», explica la traductora. Rybalko ha conseguido dar a su traducción el aire de narración oral que, según cuenta, creyó captar

mientras lo leía en ruso. «Daba la sensación de que era una señora mayor contándote su vida», asegura. De ahí el estilo algo errático, pero también la voz cálida y cercana, propia de la confianza. La autora aborda realidades no muy conocidas del gulag, como el sistema sanitario (trabajó, entre otras cosas, de enfermera) y la vida cultural, en la que participó como actriz. Aunque apenas se detiene en cuestiones históricas y políticas, hay una teoría que se desliza en varios puntos del libro: las detenciones ni siquiera obedecían a la paranoia de los líderes, eran simplemente el medio para mantener una economía basada en la esclavitud de la población.

A Petkévich la rehabilitaron en 1957, en pleno deshielo. Pocos años después empezó a trabajar en sus memorias. Por eso sorprende el nivel de detalle y la capacidad de autoanálisis emocional que tiene tanto tiempo después de los hechos narrados. La ardiente emotividad de muchos pasajes (las primeras lecturas; el exterminio de la vida rural durante la «deskulakización» que laminó al campesina-



do; la historia de amor con el actor Nikolai, que muere en el cautiverio mientras ella lo espera ya liberada; o las luchas por recuperar a su hijo, a quien sólo volverá a ver años después, cuando el niño ni siquiera la reconoce) demuestra que su única brújula era la memoria y

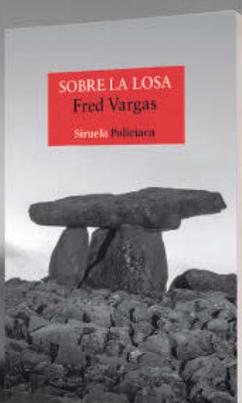
que los hechos consignados son aquellos que le causaron un mayor impacto emocional.

Petkévich no era escritora profesional, pero su testimonio está lleno de aciertos expresivos que nos iluminan, por ejemplo, sobre los interrogatorios: «Con datos verídicos e inventados el agente trazaba a mi alrededor unos círculos imaginarios que, si bien no parecían tener un contorno definido, me cercaban y me hacían culpable de todo».

Cuando recobró la libertad, en tanto que enemiga del pueblo, Petkévich siguió siendo una proscrita. Con 40 años se matriculó en Estudios Teatrales y logró terminarlos. Según cuenta al final de su libro, el teatro la salvó. También dice que estas memorias fueron su modo de responder a la pregunta de cómo pudieron sobrevivir a todo aquel horror. **L**

PARA ENTENDER EL GULAG

Premiado con el Pulitzer en 2004. 'Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos', de Anne Applebaum, es el más riguroso estudio sobre el sistema de concentración comunista. En él se detalla el doble objetivo de la inmensa red de campos: de represión política, por un lado, pero también de explotación de mano de obra esclava



FRED VARGAS

SOBRE LA LOSA

Vuelve la reina de la novela negra europea con un nuevo caso del comisario Adamsberg

Siruela Policiaca